

El Fracaso del Movimiento Interreligioso

Sor Catherine, M.I.C.M., fundadora del Saint Benedict Center, escribió "El Fracaso del Movimiento Interreligioso" hace casi cuatro décadas, más de 15 años antes de la arremetida ecuménica que comenzó tras el Concilio Vaticano II. Fue una mujer de gran intuición, que percibió con claridad que si el movimiento interreligioso no se controlaba, la Iglesia sufriría mucho. Pero ni siquiera ella pudo prever el horror de la situación actual. Una y otra vez, el mundo se ha escandalizado ante la serena resignación de los católicos (incluyendo obispos y sacerdotes) ante la escandalosa blasfemia y el sacrilegio perpetrados en nombre del ecumenismo. Incluso el propio Santo Padre, por razones que solo Dios puede juzgar con certeza, ha participado en los fracasos ecuménicos más atroces.

Si aplicáramos el artículo de la Sor a la situación actual de la Iglesia, veríamos que solo hay dos diferencias. La primera ya la hemos mencionado: el alarmante aumento del peligroso fenómeno que ella condena. No solo han aumentado los casos de estas reuniones y estudios interreligiosos, sino que se han expandido para incluir no solo a protestantes y judíos, sino también a musulmanes, hindúes, budistas e incluso a animistas adoradores de la naturaleza. De hecho, prácticamente todas las religiones pueden unirse sin temor a ofenderse.

La segunda diferencia es que el católico común y corriente (como lo llama la Sor) se ve mucho más afectado por el movimiento interreligioso (ahora erróneamente llamado ecumenismo†) que en aquellos tiempos. Es triste pero cierto: la enfermedad espiritual del ecumenismo se ha propagado desde un puñado de intelectuales hasta afectar a la mayoría de quienes se consideran católicos.

Debido al comportamiento de sus líderes, muchos católicos ahora ignoran que, después de todo, nuestra religión es diferente. Y, cabe añadir, no solo diferente, sino la única verdadera, porque Dios nos la reveló a través de su Iglesia.

Dado que muchos católicos ahora creen que no hay diferencia entre nuestra religión y cualquier otra, con el tiempo pierden la fe por completo. ¿Es sorprendente que menos de un tercio de los católicos actuales creen en la presencia real de Jesús en el Santísimo Sacramento? Después de todo, si, como alegan los herejes, la Iglesia "romana" elevó falsamente una mera señal de la presencia espiritual permanente de Cristo a su presencia física real, y si este Pan y este Vino solo se convierten en el verdadero Jesús para aquellos cuya devoción particular les indica que lo es, entonces ¿por qué armar tanto alboroto? ¿Por qué sobrecargar la "buena fe" de nuestros hermanos separados haciendo alarde de nuestras convicciones con procesiones del Corpus Christi, servicios de bendición, incienso, genuflexiones y todo eso? Este es uno de esos asuntos de fe que nos divide, y la división no es agradable!

¿Y qué hay de la verdad? Si le hiciéramos esa pregunta al "católico ecuménico" moderno, probablemente nos ignoraría, diciendo como Pilato: "¿Qué es la verdad?". Lo más cercano que estos supuestos católicos tienen a la verdad es "el diálogo". Este diálogo es una extraña combinación de democracia y mala filosofía. En el diálogo, todos votan, decidimos la verdad, y luego, unos años después, cambia.

Al aplicar falsamente la democracia a la religión, muchos han llegado a la conclusión de que los propios artículos de la Fe están sujetos a la regla de la mayoría. Un ejemplo de esta vanidad es el "Seminario de Jesús", en el que participan eruditos católicos, protestantes y judíos en las Sagradas Escrituras. Se reúnen para votar cuáles de las palabras de Nuestro Señor registradas en las Sagradas Escrituras fueron realmente pronunciadas por Él. Utilizan un sistema de cuentas rojas, rosas, grises y negras. Según *Los Angeles Times*

Magazine, "Una cuenta roja significa que hay suficiente evidencia histórica, literaria, sociológica y textual para afirmar que Jesús dijo las palabras en un pasaje particular que se le atribuye. Una cuenta rosa significa que el erudito cree que Jesús probablemente las dijo; una cuenta gris, que Jesús probablemente no las dijo; una cuenta negra, que Jesús definitivamente no las dijo". Se lee el pasaje, se realizan estudios y se colocan las cuentas en una caja. La mayoría gobierna.

Uno puede imaginarse a estos pseudointelectuales engréidos sentados en una mesa redonda mientras alguien lee en voz alta: «Yo soy el camino, la verdad y la vida», «Nadie viene al Padre sino por mí» y «Yo soy el pan de vida». En pocos minutos, tras consultar fervientemente sus notas, los eruditos votan sobre su pronunciamiento infalible. Al final del recuento, descubrimos que Jesús en realidad no dijo las dos primeras; y, aunque probablemente las dijo, es imposible determinar qué quiso decir con la tercera debido a los diferentes significados que la palabra «pan» tiene en griego y arameo. Tales son las vanas especulaciones de eruditos que carecen de la humildad de ser como niños pequeños.

La mala filosofía que entra en juego recibe muchos nombres. Algunos la llaman hegelianismo, en honor a Hegel, su principal autor; otros, idealismo dialéctico, y otros, simplemente, filosofía moderna. En términos sencillos, todo está en constante cambio. Todo (incluida la verdad) está sujeto a la dialéctica. La dialéctica comienza tomando dos elementos contradictorios y reconciliándolos. Existe la tesis y su opuesto, la antítesis, que se combinan para formar la síntesis. Pero la síntesis se convierte entonces en la nueva tesis. Y así el proceso continúa indefinidamente.

He aquí la forma más sencilla en que podemos ilustrar este proceso, mediante nuestro propio pequeño "diálogo":

Posición A (tesis): "La nieve es blanca".

Posición B (antítesis): "La nieve es negra".

Posición C (síntesis): "La nieve es gris".

Por supuesto, las reuniones interreligiosas no se desarrollan así. Hay reglas de cortesía que todos los presentes entienden; reglas que todos deben seguir para mantener una mentalidad abierta y cooperar adecuadamente. El diálogo que es más probable escuchar en una reunión ecuménica se parece más a esto:

Católico moderno: "La nieve parece ser de un tono blanquecino"

Ateo: "La nieve es negra".

Protestante: "Bueno, bueno, es mucho menos confrontativo simplemente afirmar que la nieve es bastante grisácea a la vista, pero aun así es algo realmente esplendoroso..."

Si las cosas continuaran después de ese punto, "La nieve es gris" podría convertirse en la tesis de una nueva dialéctica. Continuará desde entonces hasta que todos los colores del espectro se incorporen al diálogo, y se ignore el hecho evidente de que la nieve es blanca.

Esta es la idea subyacente del ecumenismo. Durante muchos años permaneció oculta, pero ahora ha salido a la luz tanto que no es raro oír: "Bueno, eso es cierto para ti, pero no lo es para mí".

Ahora que sabemos lo grave que es la situación y las malas ideas que la provocaron, ¿cuál es la solución? ¿Qué hacemos al respecto? La respuesta es simple: tenemos el deber de creer todo lo que Dios ha revelado sobre sí mismo y de comunicarle al mundo esas mismas verdades, afirmando lo que sabemos que es verdad con la autoridad de Dios, y tomando como mentira todo lo que contradiga esa verdad.

En este punto, debemos recordar al lector lo que la Iglesia realmente enseña sobre otras religiones. Citaremos tres errores condenados por el Papa Pío IX en su Sílabo de Errores. No importa lo que hagan nuestros líderes para contradecir estas enseñanzas, no pueden cambiarlas, pues forman parte del Depósito de la Fe.

15. Todo hombre es libre de abrazar y profesar la religión que, guiado por la luz de la razón, considere verdadera. – error

16. El hombre puede, en la observancia de cualquier religión, encontrar el camino de la salvación eterna y llegar a ella. -error

18. El protestantismo no es más que otra forma de la misma verdadera religión cristiana, en cuya forma se da para agradar a Dios igualmente que en la Iglesia Católica. – error

Se podrían citar cientos de otros textos papales y conciliares si quisiéramos entrar en más detalles, pero estas tres breves declaraciones bastan para exponer el error del falso ecumenismo.

Concluiremos esta introducción al ensayo de la Sor recomendando especialmente un punto. El punto es que el movimiento interreligioso, o ecuménico, forma parte del culto al hombre, no del culto a Dios. Es una renuncia a todo lo divinamente revelado por lo humanamente razonado, y muy superficialmente, además.

Cuando adoramos a Dios en la Misa, en el Oficio Divino y en cualquiera de las oraciones de la Iglesia, hablamos en el lenguaje que la Iglesia nos proporciona: un lenguaje que da por sentado que todas sus enseñanzas son verdaderas. Así es también como el verdadero teólogo católico debe abordar su ciencia. Independientemente de lo que digan los demás, independientemente de la erudición crítica del momento, en materia de religión, lo que Dios siempre ha enseñado a través de su Iglesia prevalece sobre todo lo demás.

En cambio, cuando los teólogos católicos liberales se reúnen para debatir la doctrina mediante el diálogo, admiten que algunos contenidos de la revelación son cuestionables y asumen erróneamente que los católicos pueden aprender de eruditos de diferentes religiones. En última instancia, no hay autoridad salvo la propia conciencia del individuo, guiada únicamente por su intelecto natural. Esto puede ser parte integral de la herejía protestante —la interpretación individual de las Escrituras—, pero se opone totalmente a la esencia misma del catolicismo. Por eso, la Sor afirma que los protestantes no tienen nada que perder, mientras que los católicos lo tienen todo que perder.

Muchos católicos empiezan a preguntarse si las reuniones interreligiosas son algo positivo. Hubo un tiempo en que estábamos dispuestos a creer que lo eran.

Durante años, muchos católicos han tenido la noción bien intencionada pero equivocada de que ayudaban a la Iglesia y la hacían más conocida cuando eran queridos y buscados socialmente por los protestantes, particularmente por aquellos que sentían que no había “ninguna diferencia” entre ellos y los católicos.

La asociación de católicos con protestantes ha propiciado, sin duda, una agradable convivencia entre los participantes. Pero no me refiero a esto. Hablo, más bien, de esas reuniones religiosas de común denominador en las que participan protestantes y católicos, e incluso judíos, con la esperanza de que sus acuerdos religiosos disuelvan sus diferencias. La costumbre de vagar por los valores religiosos, engendrada por tales reuniones, ha sido un problema para la Iglesia. Esta práctica ha dado lugar a demasiadas concesiones: concesiones a una Revelación que la Iglesia guardó con tanto celo y que prefirió preservar gracias a la muerte de sus mártires y el sufrimiento de sus santos.

Existe una diferencia entre católicos y protestantes. Sin duda, existe una diferencia doctrinal, y esta no puede dejar de manifestarse por mucho tiempo, salvo en las relaciones más superficiales entre ambos grupos. Y si no se manifiesta una diferencia intransigente en una reunión de un grupo religioso, entonces alguien está cediendo terreno: una transacción en la que un protestante no tiene nada que perder, y un católico, todo que perder.

Sin duda, parecería que las reuniones interreligiosas implican deshonestidad. Personas que saben que tienen diferencias fundamentales de religión acuerdan subir a una plataforma y fingir que estas diferencias no son irreconciliables. Fue angustiante escuchar recientemente a un estudiante de posgrado de una universidad cercana definir una reunión interreligiosa como: “Un lugar donde un rabino judío, que no cree en la divinidad de Cristo, y un pastor protestante, que la duda, se reúnen con un sacerdote católico, quien acepta olvidarlo por una noche”.

Si no hay una gran diferencia entre el católico que recibe el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Sagrada Comunión y el protestante que no, ¿por qué instituyó Cristo el Santísimo Sacramento en la Última Cena? ¿Por qué dijo a sus seguidores: «Si no comen mi carne y beben mi sangre, no tendrán vida en ustedes»? Y cuando dijeron: «Dura es esta palabra, Señor, y no podemos soportarla», ¿por qué les permitió ir y por qué ya no los acompañó? ¿Acaso no hay una diferencia enorme entre quienes tienen vida en su interior y quienes no la tienen?

Uno de los propósitos de las reuniones interreligiosas es que las personas conozcan las creencias de otras personas. ¿Por qué?, se pregunta uno. ¿Para que ese conocimiento les ayude a decidir cuál es la única fe verdadera? No, se dice, sino para que, al poseer este conocimiento, puedan vivir en mayor armonía entre sí.

Esa plataforma por sí sola basta para hacer que los Doce Apóstoles, los primeros Padres, los Doctores de la Iglesia y todos los santos y mártires se revuelvan en sus tumbas. En vano se intenta imaginar a los Apóstoles, tras la venida del Espíritu Santo, saliendo del Cenáculo y clamando al pueblo: “¡Por favor, díganos qué creen para que podamos comprenderlos mejor y para que podamos vivir juntos con mayor plenitud!”. Se intenta visualizar eso como la causa de su cruel martirio posterior, o como la razón por la que los primeros veintiocho Papas de la Iglesia también fueron martirizados, uno tras otro.

Sin embargo, ¿no es la esperanza de las reuniones interreligiosas que, como resultado de ellas, las personas puedan vivir juntas con mayor felicidad? ¿Y no es esta una falsa esperanza? Cristo dijo: «Padre santo, guárdalos en tu nombre, a quienes me has dado, para que sean uno, así como nosotros». El católico sabe que solo puede haber una Verdad. Sabe que el verdadero amor al prójimo debe consistir, por lo tanto, no en

que se sienta cómodo con la mitad o la cuarta parte de la verdad que posee, sino en darle a su prójimo la verdad completa. Una casa dividida contra sí misma no puede subsistir. La paz duradera en el mundo solo puede provenir de la posesión de toda la Verdad de Cristo, contenida únicamente en la enseñanza de la Santa Iglesia Católica Romana. Esa es la única esperanza que el católico puede ofrecer a su prójimo.

Por graves que sean las consideraciones anteriores, no son más que las dificultades superficiales que encontramos con la idea de las reuniones interreligiosas. Existe una dificultad mucho más fundamental que cualquiera de estas, que constituye una señal de peligro de que las reuniones interreligiosas podrían no agradar a Dios. Falta una credencial muy importante, la primera credencial que un católico busca en cualquier obra que pretenda ser de Dios. ¿O es ese el problema? Quizás las reuniones interreligiosas no estén destinadas a ser de Dios, sino solo del hombre, como todo lo demás en esta Era Humanitaria. Si la adoración a Dios por parte de judíos, protestantes y católicos se ha convertido en una fuente de conflicto en la comunidad, y los hombres se reúnen simplemente para decidir cómo tolerarse mutuamente a pesar de este Dios que exige ser adorado de tres maneras, entonces el principio de las reuniones interreligiosas es decididamente malo, y no es necesario reflexionar más.

Sin embargo, muchos defensores interreligiosos han apoyado las reuniones interreligiosas, creyendo que promueven la causa de Dios primero y la del hombre después. Por ellos, quisiera ofrecer la siguiente reflexión: nunca se ha cuestionado la soberanía de Nuestra Señora en las reuniones interreligiosas. Tanto en espíritu como en nombre, la Reina del Cielo ha sido ignorada por estos cónclaves.

El catolicismo no es una religión que simplemente enseñe la existencia de Dios. Todas las religiones lo hacen. El catolicismo enseña que Dios existe y que se hizo hombre. El catolicismo es una religión encarnacional. Su doctrina inflexible se basa en ese misterio central: Dios se hizo hombre.

Una de nuestras criaturas fue elevada al augusto privilegio de proveer carne y sangre a Dios. María, una niña judía, hija de Joaquín y Ana, fue elegida por Dios para ser la madre de su Hijo. En el corazón de los católicos, desde el siglo I hasta la actualidad, la devoción a Jesús ha ido de la mano con la devoción a María. Un católico sabe que donde está Jesús, allí también está María. Este es el orden doctrinal. El orden devocional probablemente sea el inverso. Porque donde está María, allí también está Jesús. Se busca a la madre para encontrar al hijo.

Es la gran credencial del cristiano: la presencia de María. Sin María, no habría Navidad. Sin Navidad, no habría Jesús. Sin Jesús, no habría cristianismo. Todo niño católico lo sabe. Todo hombre católico continúa siendo un niño católico, espiritualmente, toda su vida.

El católico común y corriente no se encuentra en las reuniones interreligiosas. Intelectuales o semiintelectuales conforman grupos interreligiosos. Para el católico común y corriente, estos no tienen sentido. No le tienen sentido porque es sencillo de corazón, y los sencillos de corazón a menudo llegan a la verdad de las cosas de forma más directa que sus colegas académicos, quienes dependen de su propia capacidad discursiva para sacar conclusiones. El hombre sencillo sabe que sería imposible conseguir que todos los miembros de una reunión interreligiosa rezaran juntos un «Ave María». Eso solo le basta.

El cristianismo comenzó con el saludo angélico:

«Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.»

La negativa de los judíos a reconocer a María es consecuente con su negativa a aceptar a Cristo. Ambas negativas constituyen la tragedia de la era cristiana. Los protestantes, en cambio, creen haber rechazado a María, mientras que la realidad es la contraria. Nuestra Señora se ha alejado de ellos. Ella está donde está su Hijo, y Jesús no está presente en los altares de las iglesias protestantes. Los protestantes no creen en el Santísimo Sacramento. No creen ni ofrecen el Santo Sacrificio de la Misa; de hecho, no tienen un sacerdocio sacrificial. El Cristo que han dado a su pueblo durante casi cuatrocientos años no es el Cristo completo.

La mención de María, la efusiva alusión a María, los himnos y letanías a María, todo está ausente en los servicios protestantes. El protestante considera la profunda devoción del católico a la Madre de Dios como “mariolatría”. El católico sabe que el amor a Nuestra Señora es un don, un don puro de ella, quien es la puerta de entrada a Jesús.

Nada es lo que parece. El mundo está lleno de quienes, teniendo ojos para ver, no ven, y oídos para oír, no oyen, y para ellos, el cristianismo está fracasando. No ven el resplandor de luz que rodea el mundo mientras se encienden las velas para las misas que se celebran a cada minuto del día y de la noche, de polo a polo. No ven a Dios ofrecido a Dios en los altares por su pueblo a cada minuto, en perfecta adoración, alabanza, acción de gracias y súplica. No escuchan el canto que constantemente se eleva a Dios desde los labios de hombres y mujeres consagrados a Él en la religión. Tampoco escuchan los incontables millones y millones de avemarías rezadas a la Madre de Dios, ni ven la ardiente devoción por ella de los santos y mártires, de sacerdotes y monjas, de hombres, mujeres y niños católicos.

María, Reina de los Ángeles y de los Hombres, de la Iglesia Triunfante, Militante y Sufriente, en cuyo nombre se han construido catedrales, han marchado valientes ejércitos, se han lanzado grandes barcos, a quien hombres y mujeres nobles han consagrado sus vidas, ha elegido responder a la herejía retirándose de ella.

Si los católicos se retiraran de las reuniones interreligiosas, ¿qué podría suceder? Si los católicos volvieran a hablar con el fervor de los Primeros Apóstoles, los Padres y los Doctores de la Iglesia, por amor a Dios y al prójimo, ¿qué podrían esperar?

Podrían ser conducidos a las catacumbas. La sangre de los mártires podría volver a correr por las calles. Y cuando la persecución terminara, la palabra pura de Dios volvería a ser predicada. El mundo se salvaría de su propia destrucción. La paz vendría. María vendría. Ella gobernaría celestialmente nuestra tierra, América, que es suya bajo la advocación de la Inmaculada Concepción. El camino a Cristo volvería a ser seguro.

Debemos tener la certeza de que no hay otra salida.

